



Don Lope de Aguirre, rodeado por algunos de los hombres que compartían con él la búsqueda de El Dorado.

«AGUIRRE, LA COLERA DE DIOS»

LOCURA Y SOLEDAD DEL TIRANO

CUANDO el cine ha abordado temas o personajes históricos, el método habitual ha sido el de acumular en la hora y media de proyección el máximo de sucesos, la mayor cantidad posible de hechos relevantes capaces de resumir lo que había sido toda una vida o toda una acción. El primer mérito de «Aguirre, la cólera de Dios», de Werner Herzog (1972), estriba en haber sabido huir de tal convención, en utilizar una estructura dramática donde esos «hechos relevantes» se dan inmersos en una cotidianeidad de la que surgen esporádicamente y por sorpresa. Ciertamente que dicha cotidianeidad es excepcional, en cuanto que lo fue la aventura de los marañones en su recorrido por el Amazonas buscando el mítico reino de El Dorado. Pero una vez aceptada la situación histórica del relato, los sucesos significativos no se dan al espectador por acumulación, sino dentro de la monótona marcha por el río, donde el tiempo parece pararse, y así los ataques de los indios, las sucesivas traiciones de Aguirre o las continuas bajas que entre los hombres se van produciendo, se in-

cluyen *normalmente* en la enloquecida empresa que supone toda la aventura, en un consciente deseo de Herzog de valorarla en su globalidad y no simplemente en sus aspectos más espectaculares.

Ello demuestra por parte del cineasta alemán un entendimiento profundo de lo que debe proponer un cine que nos acerque a los hechos históricos. Y no sólo por lo que hemos apuntado, sino por la misma relación entre los acontecimientos reales y su transformación estética. Pues Herzog no se limita a fotografiar la crónica de esta aventura, sino que —ayudado por el carácter mítico y contradictorio que la rodea— extrae de ella aquellos elementos que más le pueden servir para un film que se muestra al espectador de los años setenta. El cineasta selecciona, sintetiza y —¿por qué no?— añade o aparta el material histórico que no le resulta válido. Todo ello sin mixtificar el significado de una época ni de unos personajes, sino, al contrario, procurando clarificar al máximo la narración en su sentido más profundo y menos anecdótico. Está muy reciente

aún el excelente trabajo que Fernando Savater escribió para TIEMPO DE HISTORIA —número 6— sobre la figura de Lope de Aguirre («Lope de Aguirre, traidor, peregrino y mártir») como para volver de nuevo, en el reducido espacio de esta reseña, a enumerar las características personales del vasco y cuanto su aventura entrañó. Pero creo que, de cualquier forma, no se puede acusar a Herzog de una excesiva licencia histórica por haber mostrado a Gonzalo Pizarro —que, en realidad, llevaba dos años muerto— en los prolegómenos de la expedición, o por haber idealizado las figuras de Pedro de Ursua y su mujer, o por hacer que la hija de don Lope muera a causa de una flecha india en vez de a manos de su padre, o por cambiar el destino final de éste...

Sí, indudablemente, «Aguirre, la cólera de Dios» no se ajusta a la ortodoxia de los hechos, pero es un punto de partida voluntario que Herzog ha asumido desde un principio sin querer engañar a nadie. El relato del supuesto eclesiástico Gaspar de Carvajal que va punteando el film desde sus primeros planos es imaginario, pero *podría ser real* sin alterar la profunda verdad de lo sucedido. A esta verdad, tomada en su sentido más importante y pensando en su comunicación al público de hoy, es a lo que Herzog se atiene, creo que con excelentes resultados. Porque todo el objetivo desquiciamiento de la aventura, producto di-

recto de la conquista española (donde confluían múltiples intereses, desde los económicos y políticos, a los eclesiásticos pasando por motivaciones de índole personal), se halla resumido en el film.

Acercándose, además, al sentido mítico de la historia, el autor de «El enigma de Gaspar Hauser» —premiada este año en Cannes— emplea un tipo de narración que se muestra también a medio camino entre lo real y lo imaginario, explotando en la parte final cuando los propios personajes se interrogan sobre aquello que están viviendo. Gracias a la capacidad estilística de Herzog, a su poder para proponer imágenes que nos resultan nuevas y diferentes (no al modo trivial que tantas veces padecemos), dicho ambiente mítico se le ofrece al espectador en su plenitud, con hallazgos tan espléndidos como el comienzo y desenlace de la película.

Dándole sentido a todo ello, Herzog propone una reflexión sobre el poder y los medios de conseguirlo, cuyas resonancias se acercan a nosotros mucho más que la simple empresa de El Dorado y sus buscadores. En la «resistible ascensión» de Lope de Aguirre, en su shakesperiana sed de poder, en su locura y soledad de tirano al que finalmente sólo rodea, de manera irrisoria, una partida de simios, encontramos también la actualidad de este nuestro siglo de tiranos. ■ FERNANDO LARA.



Fray Gaspar de Carvajal, imaginario cronista de la aventura según el film de Werner Herzog, auxiliando a un soldado muerto por los indios.